

Las rebeliones indígenas en Nueva España, siglos XVI y XVII

The indigenous rebellions in New Spain, 16th and 17th centuries

Eduardo Luevano Gurrola

Universidad Autónoma de Zacatecas, México.

Lic. Historia

2° Semestre

eddardluevano004@gmail.com

RESUMEN: La Conquista de México es el gran evento, el rompimiento que comienza nuestra historia a la par de Occidente. Desde el prelude hasta la madurez de la Colonia, la Nueva España se caracterizó por las muy copiosas revueltas que poblaron su complejo territorio cultural y geográfico. El dolor pungente que incitó a los indios a purgar sus tierras de los usurpadores es el producto de una larga ristra de vejaciones a la que estuvieron expuestos. En el presente trabajo, se tiene como objeto el evidenciar las magnitudes que provocaron las revueltas indígenas, así como el atributo que sigue formando parte de nuestra realidad actual: la rebelión contra las distintas caras de la opresión.

PALABRAS CLAVE: Ciudad de México; Nueva España; sublevaciones; indios; Conquista; motín; discordia; hambre; Norte y Sur.

ABSTRACT: The Conquest of Mexico is the great event, the break that begins our history along with the West. From the prelude to the maturity of the Colony, New Spain was characterized by the copious revolts that populated its complex cultural and geographical territory. The poignant pain that prompted the Indians to purge their lands of the usurpers is the product of a long string of humiliations to which they were exposed. In the present work, the objective is to demonstrate the magnitudes that caused the indigenous revolts, as well as the attribute that continues to be part of our current reality: the rebellion against the different faces of oppression.

KEYWORDS: *The Mexico city; New Spain; insurrections; indigenous; conquest; riot; discord; hungry; North and South.*



“GUERRERO, usted que habla el mexicano, diga a estos naturales que están libres, y que si quieren seguir nuestras banderas, que los recibiré con gusto”.¹

ALFONSO TEJA ZABRE

Vida de Morelos

Introducción

Estamos acostumbrados a conceptualizar al Virreinato de la Nueva España como un sólido organismo uniforme que, por más de tres centenarios de existencia, se mantuvo estático en el tiempo, como una mera brecha transitoria para el mundo indígena — símbolo de cautiverio—, hasta llegar al México independiente del siglo XIX. Esto, en efecto, obedece a una serie de discursos escritos en tinta indeleble, preocupados en enmendar, tachar y rediseñar furiosamente la imagen de Nueva España. Como en lo referente, entendemos que la reducción —devenida en el rechazo a ultranza o, por el contrario, en el blanqueamiento—, de ciertos episodios en la historia de México, deforma terriblemente la idea que podamos llegar a tener de nosotros mismos. De este modo, conformando una niebla abrumadora que obstaculiza el entendimiento de nuestro pasado. Negar al Virreinato significaría el prolongamiento indefinido del mismo.

Los atributos propios de este trecho bastante largo en la historia de nuestro país merecen una integración a la memoria nacional. En Nueva España se fecundan las idiosincrasias distintivas de los mexicanos; inveteradas costumbres permeadas por el solemne fulgor de una sociedad contradictoria. Una forja miscelánea de reminiscencias deudoras del antiguo y nuevo mundo. Pero cuyos talantes se abrieron paso a través de las vejaciones coactivas que sucedieron a lo ancho del territorio. Un elemento fundamental que no puede prescindir de la historia colonial.

El Virreinato de la Nueva España no era, en lo absoluto, un reino pacífico, y si daba la ilusión de serlo era por una violenta represión, paulatinamente interiorizada. La larga ristra de desigualdades que plagaron la vida novohispana desde la apertura colonial,

¹ Alfonso Teja Zabre, *Vida de Morelos* (Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1959), 55.



cuya crónica llevaría un largo número de páginas, tuvo como consecuencia los estallidos impetuosos de una sociedad marginada. Las rebeliones del Virreinato son la clave para entender el vívido traumatismo de la Conquista, aquel rencor que, explicado por el cruento desprecio de una sociedad elitista, encontró materia en la más destructiva ferocidad de los oprimidos. El manto de cruzados que ostentaban los conquistadores españoles al momento de querer dominar la amplitud del país indígena se vio destemplado por la resistencia que encontraron en gran parte de la comunidad de los naturales. Los indios seguían, a través del resquicio que supone el recuerdo, poseyendo aspiraciones sediciosas, característica que se mantuvo, aún, en el México moderno.

El objetivo de este ensayo es el de la recuperación de algunos de estos pasajes indefectibles de nuestra historia; el alcance social que significaron los pronunciamientos indígenas y el cómo era el imaginario de sus perpetradores, muchas veces desdeñado por el ojo dominante de la casta española. Extraer a Nueva España de la amnesia, desde las rebeliones sureñas de las sociedades mayas hasta las depredaciones de los indómitos indios en el hemisferio septentrional del Virreinato. Y, además, la figura de Sigüenza y Góngora, cuyos testimonios son bastante reveladores, describirán el enmarcado episodio del tumulto de hambre acontecido en el corazón de la capital colonial, cuyo episodio he decidido abarcar en un capítulo entero. Los acontecimientos de México bien pueden ser descritos en pocas palabras por la habitual elocuencia que trasluce Octavio Paz en *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe*, y que se lee a continuación:

La verdad es que la historia de México es una historia a imagen y semejanza de su geografía: abrupta, anfractuosa. Cada periodo histórico es como una meseta encerrada entre altas montañas y separada de las otras por precipicios y despeñaderos. La Conquista fue la gran ruptura, la línea divisoria que parte en dos nuestra historia.²

La Conquista como ruptura psíquica y terrenal en el contexto histórico

Ciertamente, la Conquista implicó un tajo profundo y neto en la fortuna de América. Por un lado, compactamos sin fisuras al Virreinato de la Nueva España, mientras que, por el otro, sentimos la tentación de hacer lo mismo con el mundo precolombino. Entremos un poco en contexto —el entendimiento de las muy diversas entidades históricas de México

² Octavio Paz, *Obras completas: Generaciones y semblanzas, dominio mexicano y Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2014), 458.



es fundamental para comprender las rebeliones coloniales—, Mesoamérica es ininteligible sin la presencia de las muy prolíficas culturas que la poblaron, desglosadas como una heterogeneidad de mentalidades que fertilizaron al imaginario indígena, y cuyo resultado se tradujo en una diversificación impresionante de lenguas y Estados. Por ende, entendemos, que este mundo es también de divisiones y discontinuidades.

Esto quedó bien reafirmado por los conquistadores a su llegada al continente. Recordemos que la Conquista del imperio más esplendoroso de la América antigua se efectuó casi en su totalidad por los mismos indígenas enemigos de Tenochtitlán, ansiosos por liberarse del régimen de Moctezuma. Bernal Díaz del Castillo, que atestiguó fielmente la pluralidad de pueblos mesoamericanos dice lo siguiente sobre la guerra:

Yo he leído la destrucción de Jerusalén: más si fue más mortandad que ésta, no lo sé cierto, porque faltaron tantas gentes, guerreros de todas las provincias y pueblos sujetos a México que allí se habían acogido, y todos los más murieron; y, como ya he dicho, así el suelo y la laguna y barbacanas todo estaba lleno de cuerpos muertos, y hedía tanto que no había hombre que lo pudiese sufrir.³

Después de la guerra por Tenochtitlán se libraron batallas de similar aspereza en los territorios aledaños a la antigua nación mexicana. Por tales motivos, podemos decir que el preludio de Nueva España, desde el descubrimiento hasta el expansionismo de Cortés, se vio envuelto por una serie de eslabones que aglutinaron una enorme multiplicidad de conflictos y revueltas que, ligado a esto, prosiguieron su larga cadena hasta los años de madurez de la Colonia.

La evangelización se conceptualizó por los españoles como la mayor proeza a lograr en sus nuevas demarcaciones. Al contrario de las ideas protestantes difundidas en el viejo continente —y traspasadas a América por medio de Nueva Inglaterra—, la divulgación del Evangelio en los pueblos indígenas sirvió como base justificante de la colonización.

La Conquista originó en Nueva España los primeros casos de esclavitud debida a la ley de los españoles. La inferencia de este nuevo y despiadado cambio en el concepto

³ Bernal Díaz del Castillo, *La historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2019), 566.



de sometimiento resultó, para los indígenas, una desgracia como población sojuzgada al nuevo orden cultural, y es que, como sabemos efectivamente, la esclavitud se encontraba prohibida, empero, el trato pernicioso al que estaban sujetos los indígenas durante toda la etapa colonial —y que perduró en toda la historia siguiente hasta extenderse, incluso, y ante nuestra vergüenza, en la actualidad— podemos hablar de una tácita esclavitud. En el curso de las nuevas victorias para los soldados de Cortés se vieron apresadas numerosas gentes —incluyendo mujeres y niños—, reduciéndolas a una calidad de servidumbre. Esta suerte la corrieron los naturales desde Pánuco hasta Guatemala. El poder del emperador se vio rebasado por la lejanía del continente, los indígenas eran robados y dependían de su trabajo en las minas; los huérfanos se traficaban y los caciques imponían sus reglas comerciales.⁴ Los hombres eran repartidos como trofeos, a complacencia de los españoles, en una tierra donde a los dioses antiguos se les obligaban a permanecer ocultos y marginados. Los frecuentes maltratos a la comunidad dominada tardaron en hacerse escuchar a los oídos de la metrópoli, que pesar de que por real cédula trató de mitigar la comercialización de los siervos y el abandono del sistema de encomiendas, se trataba, más bien, de una liberación más teórica que práctica. Los indios, llevados en masa, eran arrojados sin misericordia al abismo de las minas —donde generalmente el calor socavaba su fuerza vital—, o, también, eran herrados en los ingenios azucareros.

Otro aspecto verdaderamente importante que debemos recalcar es la terrorífica mortandad indígena durante el Virreinato. Tan solo en las batallas por Tenochtitlán y Tlatelolco se calcula una hecatombe de 440 mil fallecidos, de la cual 240 mil pertenecía al bando mexica y 200 mil del lado español y sus aliados.⁵ Pero el principal jinete emisario de la muerte no arribó en forma de guerra, ni siquiera de hambre —que de igual manera supuso un fin ominoso para muchas gentes—, sino en la peste, o, como era llamaba por los nahuas, la calamitosa “cocoloztli”. Las epidemias de viruela, sarampión y tifus fumigaron inmisericordemente la vida de los pueblos y ciudades a las que llegaban. La peste no hallaba distinción entre aliado o enemigo del nuevo régimen, sus afectos se hicieron sentir en toda la comunidad desprotegida. Esto supondría un descalabro para las actividades productivas en Nueva España, lo que conllevó a la Corona a recurrir en mayor número a la negociación de esclavos negros traídos desde África.

⁴ Silvio Zavala, *Los esclavos indios de Nueva España* (Ciudad de México: El Colegio Nacional, 1994), 762.

⁵ Miguel León Portilla, *Visión de los vencidos* (Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1987), 154.



Este, claro está, es el escenario de la época donde tuvieron espacio las sublevaciones indígenas, ya que, como sabemos, es imposible sustraer por completo una rebelión del influjo de la época en que se vive.

Las insurrecciones de los indios

Una de las características fundamentales de la época fue el bullicioso afán renacentista de los viajes aventureros, desempeñados por una oleada de exploradores seducidos por conocer el mundo oculto y explotar sus riquezas. Y por ello, tarde o temprano Pedro de Alvarado se encontraría en Guatemala al mismo tiempo que Montejo guerreaba por mantener la subordinación de los mayas, que nunca se concretaría en su totalidad. Además, un Nuño de Guzmán, años después, y persuadido por una voracidad de reconocimiento, dejaría un rastro de sangre en el occidente mesoamericano.⁶

De modo que, escenificando a estas mismas expediciones, los españoles se encontrarían con una exótica región disparatada. Y es que, en efecto, ha sido una constante en la historia de nuestro antiguo país el dividir su extenso territorio en dos principales hemisferios geográficos y culturales: comenzando con el Norte, hogar de los “bárbaros chichimecas” de estilo de vida todavía nómada; y el sur, la cuna de la “toltequidad” y los Estados Teocráticos de Mesoamérica. Cada una caracterizada por una amplia gama de sociedades variopintas. Esta conceptualización dejó caer su viva fortaleza en sus enfrentamientos contra la Corona española, donde cada demarcación luchó para mantener su yugo independiente.

Al realizarse la empresa de conquista española, se sometieron pueblos en toda la superficie mesoamericana, desde el Pacífico hasta el Atlántico, pero, al menor signo de merma de la autoridad usurpadora, estos volvían a levantarse con una fiereza atronadora, sosteniendo rebeliones intermitentes que gradualmente fueron menoscabando la potestad del reino en sus territorios. Tal fue el caso del tercer intento colonizador en Yucatán, mediando el año de 1546, cuando una insurrección de indígenas orientales, encabezados principalmente por sus cupules y sacerdotes, asaltó la joven villa de Valladolid. Dicen las crónicas que era tanta la repulsión que sentían los indios por sus antiguos dominadores que “como recuerdo para los de Castilla, asesinaban cuantos animales residían en ella

⁶ Fernando Benítez, *De la Conquista a la Independencia* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1985), 43.



[Valladolid], como perros y gatos, y hasta gallinas que allá se criaban”.⁷ Las narraciones nos refieren actos de salvajismo notable, acometidos en ambos lados de la contienda. Cuando los indios tomaron poder de 2 hermanos españoles —hijos del conquistador Diego Cansino—, terminaron con sus días recurriendo a la crucifixión combinada al tiro con flecha. La venganza contra los colonizadores incentivó a las demás poblaciones a repetir lo acontecido para con sus encomenderos. Los españoles, por su parte, haciendo acopio de sus fuerzas y solicitando el auxilio de la capital, redujeron a los pueblos fortificados y quemaron a los sacerdotes responsables.⁸

No obstante, las rebeliones de esta índole abundaron durante los primeros años de la Colonia en el Sureste, primero fueron los chiapas quienes, después de apaciguada su provincia por Diego Mazariegos, comenzaron un levantamiento atrincherándose en los acantilados de las barrancas. Es interesante agregar que, después de derrotados en las decisivas batallas del Sumidero, los indios —férreos a soportar las vejaciones de la esclavitud—, prefirieron en masa arrojar a los vórtices de los ríos, y acabar así sus vidas. Estos, son un claro ejemplo de la calidad energética de los movimientos sediciosos; podremos encontrar situaciones de encono similar en los interiores más severos de las selvas pobladas del mundo maya, o en los pantanos inexplorados de Tabasco.

Pero ningún hemisferio sufrió tanto el deseo de codicia que el recóndito norte del continente, una vasta región grávida de serranías y desiertos, punto de idealización como una fuente de riquezas descomunales —y claro que lo era—, donde el hombre pordiosero de hoy podría encontrar la fortuna y convertirse en el minero millonario del mañana, aunque, para esto, primero se tendría que poseer la tierra. La enfervorizada actitud de los colonizadores ante los habitantes autóctonos desencadenó una serie de guerras y rebeliones que emergieron activamente. Lo acontecido en Pánuco, durante el expansionismo por Veracruz, es un ejemplo de ello. Los indios pelearon con una desesperación sin antecedentes, en una sujeción de revueltas cuyo origen se encuentra en los maltratos sin justicia que los españoles propinaban a la comunidad de naturales. Se habla, incluso, que entre las batallas los indígenas llegaron a dar muerte a quince caballos

⁷ Teresa Huerta y Patricia Palacios, *Rebeliones indígenas de la época colonial* (Ciudad de México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1976), 73.

⁸ Huerta y Palacios, *Rebeliones indígenas*, 54-67.



y a más de cuarenta hombres. El conquistador Sandoval fue autor de una horrible crueldad al quemar a cuatrocientos principales al final de la revuelta.⁹

Como en lo referente, la rebelión de los caxcanes en el Reino de la Nueva Galicia es uno de los alzamientos indígenas de mayor magnitud en la historia de México. Fue tal el peligro que implicó la guerra del Mixtón que los españoles tuvieron que recabar la totalidad de sus fuerzas militares para vencer en el conflicto. Entre sus batallas el sanguinario don Pedro de Alvarado encontró la muerte, según dicen, aplastado por el cuerpo de su caballo. Como puede resultar evidente, el conflicto se derivó por los abusos de los encomenderos y la imposición de la nueva religión.

Para acabar con este segmento del ensayo, es útil a sabiendas conocer sobre las depredaciones de los llamados indios zacatecas, guachichiles y guamares, acontecidas durante la segunda mitad del siglo XVI. Las perniciosas acometidas de los indios fueron una manifestación clara de la reacción hostil de los nómadas ante el avance de los colonizadores españoles. Los territorios que ahora conforman los estados de Zacatecas y Guanajuato —los más productivos en el Virreinato— sucumbieron frecuentemente a las guerrillas que sostenían los naturales de la región. Las Haciendas eran presas del abandono y los animales se robaban con extrema frecuencia, de modo que, la capital, tratando de suavizar las congojas antedichas, nombró a lo largo de toda la etapa novohispana a una amplitud de capitanes que con frecuencia utilizaban la brutalidad militar y los asesinatos desmesurados.¹⁰

Sin embargo, los conflictos subversivos que se sucedieron en Nueva España, y que lógicamente encuentran reminiscencias indiscutibles en el atropello de la dignidad de los naturales, ensanchan enormemente la imagen de nuestra edad Colonial. Así pues, tengo que integrar, aunque sea solo por mención, a las muy diversas insurrecciones de los indios, como, por ejemplo, la rebelión de los Tepehuanes en 1616; la de los Guazaparis, 1632; las matanzas de los alzapas en 1637; en Nueva Viscaya, los funestos levantamientos de las Siete Naciones, 1644; las guerras intermitentes de los tarahumares, conchos, sobas y pimas, desde 1646 a 1690 y las hostiles reacciones indígenas en Tehuantepec, 1660.

⁹ Huerta y Palacios, *Rebeliones indígenas*, 193-198.

¹⁰ Huerta y Palacios, *Rebeliones indígenas*, 234-238.



El tumulto de hambre en la Ciudad de México, 1692

La Ciudad de México, la capital ideológica, cortesana, social y política del Reino de Nueva España se veía revestida por el ánimo de su antecesora urbe mexicana. Una ciudad, que a pesar de los intentos por cebar sus rutas acuíferas —como posible solución para minar las enfermedades que azotaban a su población— seguía conservando su característica fisionomía lacustre. Escenario de artimañas y conjuras de toda índole fue el centro de irradiación cultural más importante de las ciudades americanas. El mismo Alejandro de Humboldt, uno de los más grandes intelectuales ilustrados, interesados en el redescubrimiento de América, reafirmó en su *Ensayo* una verdad que sigue vigente hasta el día de hoy, “ninguna ciudad del Nuevo Continente, sin exceptuar los Estados Unidos, presenta establecimientos científicos más grandes y sólidos como la capital de México”.¹¹

Acompañando la estampa aristocrática de sus cortesanos habitantes; los majestuosos palacios de élite; los mercados que ofrecían productos de mil raleas, circundados por imponentes monasterios donde residían las monjas escritoras y los frailes regulares, estaban los indios de atezado semblante y reputación de reticencia, enmarcados por su temperamento taciturno. Se les veía siempre, andando por la ciudad, figurando junto a las personalidades recurrentes de la pintoresca urbe.

Y es que, como sabemos, la capital de México inició su etapa colonial como una ciudad de blancos. Sus antiguos pobladores fueron remitidos a comunidades aledañas, principalmente al nuevo pueblo de indios de Tlatelolco. La antigua Tenochtitlán, por el contrario, y para disgusto de algunos españoles, se erigió como el nuevo lugar de residencia del poder central. Se levantaron casas, fuertes, iglesias, —siempre edificadas por la mano de los antiguos artesanos, pintores y lapidarios mexicanos— y, más tarde, universidades, catedrales, palacios; magnas obras de arquitectura que dejaron obsoletos a los primeros edificios adustos, listos, en primera instancia, para defenderse de cualquier sublevación de los indios.¹²

El indio era el soporte del mundo de los blancos, pero era tan incomprendido que su imagen despedía un aire de intranquilidad que desagradaba a la población criolla y peninsular. Su imagen en la Nueva España y, especialmente, su relación con la nueva

¹¹ Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* (Ciudad de México: Porrúa, 2002), 493.

¹² Fernando Benítez, *De la Conquista a la Independencia*, 13.



cultura a la que tuvieron que adaptarse y que encontró su principal manifestación en la urbe mexicana, bien puede ser descrita por la pluma de Fernando Benítez:

La existencia de grandes masas indígenas separadas de los blancos y la miserable condición de los mestizos contribuyeron por añadidura a crear un nuevo feudalismo. Mientras en Europa el siervo, a pesar de su miseria, de los latigazos y de las vejaciones, formaba con el señor un mundo coherente, en México el siervo y el señor se mantuvieron a gran distancia. No había un puente que lograra unirlos. El indio era un ser oscuro y peculiar —llegó a dudarse incluso de su razón—, hablaba su propio idioma, vivía en su cabaña y casi no se alimentaba.¹³

Sabiendo lo antes mencionado, se nos facilitará la crónica del último decenio del siglo XVII. En el año de 1692 se iniciaron una serie de disturbios de suma importancia que dejarían azorados a los habitantes de la capital. Y es que, durante los festejos tradicionales del Corpus Christi, una rebelión popular de hombres exasperados por el hambre —aunque el ímpetu se debía principalmente por el aborrecimiento hacia la aspereza de sus incompetentes autoridades— tomaron posesión del corazón de la ciudad de México, destruyendo y saqueando cuanto hubiera en su camino.

Dichas rudezas obligan a que veamos los elementos que englobaron al conflicto. Como protagónica ejecutante encontramos a una población indígena aquejada por la escasez de alimento; esto se debía a una serie de excesivas lluvias que malogró no solamente la siembra de la ciudad, sino que también significó la tumba acuática de incontables reses y, aún, 26 seres humanos.¹⁴ El cese de los aguaceros no influyó en el fin de las desgracias, el peso de tanta agua buscó descanso en el desborde copioso a las periferias de la ciudad, llevándose consigo tantas casas se encontraban a su paso. Las acequias no tuvieron la más mínima oportunidad de dominar —o por lo menos mitigar— tal catástrofe natural, cuyas consecuencias no tardaron en hacerse presentes. Únicamente, por la magnitud que significaron semejantes accidentes, la reserva de abastos mermó considerablemente; el maíz y el trigo tenían un alto valor de compra que se acentuó todavía más por la terrible plaga de “chiahuixtle”, que terminó por liquidar la poca

¹³ Fernando Benítez, *De la Conquista a la Independencia*, 54.

¹⁴ Carlos de Sigüenza y Góngora, *Seis Obras*, (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1984), 400.



provisión existente.¹⁵ Los campesinos retiraban el maíz aun tierno mientras lloraban su melancolía.

La falta de sagacidad administrativa por solucionar tales problemáticas acrecentó la imagen negativa hacia las autoridades virreinales, de modo que las murmuraciones de descontento representaron el único sonido entre las colonias de bronce, habitadas por las clases marginadas de la población. Finalmente, en la tarde del 7 junio, las inquietudes se transformaron en furia vehemente. El primer tumulto comenzó en la Alhóndiga capitalina; el atropello, los arrebatos y el alboroto escalaron a un nivel de turba iracunda que, peleando por los pocos alimentos, terminó dirigiéndose al Palacio Real, donde fue repelida en los primeros encuentros. Pese a los intentos del Estado por retener a los declarados insurrectos, su potestad se encontró humillantemente derrotada y la revuelta se convirtió en un motín descomunal de indios y castas que obligaron al virrey, la virreina y a toda su corte de oficiales a refugiarse en los impenetrables conventos franciscanos. Como un espejo se repetiría la viva imagen del sitio de Tenochtitlán, transmutada en un aspecto de motín civil, escuchándose asimismo gritos de enfurecida resonancia, pero esta vez a voces de ¡Muera el Virrey, la Virreina y el Corregidor, que tienen atravesado el maíz y nos matan de hambre!, o, ¡Mueran los españoles y gachupines que nos comen nuestro maíz!¹⁶, al tiempo que el Palacio Real y las casas del ayuntamiento ardían formando nubarrones de humo rojizo que se elevaran hasta el cielo como antiguamente lo hizo el Templo Mayor a manos de los españoles. Octavio Paz nos recuerda una cita bien acertada que aplica a estos singulares episodios “si no hay leyes históricas, sí hay rimas históricas”.¹⁷

El hambre desembocó la catarsis final que rebalsó el temperamento de los indios, los recuerdos febriles del despojo y el abuso se amalgamaron irrumpiendo en los actos más impulsivos de violencia, pero una violencia desenfadada cuyo propósito es destruir la misma causa que la provocó. La presencia de las castas, a su vez, nunca se había sentido antes con tanta potencia. El gran tumulto de hambre, pues, refleja la eternizada batalla de la sociedad mexicana —no solo virreinal—, de una sociedad hambrienta que por primera vez despoja a los que ahora llamaríamos plutócratas de sus palacios reales y toma el control, aunque sea fugazmente, de sus destinos.

¹⁵ Sigüenza y Góngora, *Seis Obras*, 400.

¹⁶ Sigüenza y Góngora, *Seis obras*, 123.

¹⁷ Paz, *Obras completas*, 505.



Conclusiones

Debemos reconocer a México como un país de distintas vertientes, donde convergen las yuxtaposiciones culturales que aglutinan las esperanzas, las asperezas históricas y nuestros recuerdos más profundos; pilares compactos de los conflictivos proyectos de la civilización mexicana. Este trabajo, entonces, no es un pregonero de la infamia cuya víctima se encuentra en la edad colonial; por el contrario, el visualizar nítidamente las diversas aristas de Nueva España, palmeando tanto las virulencias como las bondades que pueda llegar a tener, ayudaría al forjamiento de una visión integral todavía carente en el imaginario de nuestra gente. Por eso mismo, considero pertinente en buena medida la razón esencial de este trabajo, como ventana a varios de los episodios más olvidados de la historia social mexicana.

A sí mismo, el achacar al pasado —con la intención de eximirnos de responsabilidad— de los fracasos y problemas aún no resueltos no supondría alguna solución factible a nuestra realidad. Encontramos en Nueva España la etapa embrionaria de nuestros complejos y deficiencias, pero ese hallazgo no lo hemos aprovechado para el mejoramiento de nuestras cualidades. Seguimos repitiendo los mismos errores cíclicamente. Los latifundios y cacicazgos sobrevivieron básicamente durante toda la historia de nuestro país, y sería un error suponer que estos ya no existen en la actualidad. Además, rebasada la Independencia, los malos tratos y humillaciones a las sociedades indígenas se siguieron perpetrando con igual acidez durante los siglos subsecuentes. Recordemos que en el porfiriato los indios eran secuestrados de sus tierras y obligados a servir como esclavos para los barones de las haciendas, quienes conformaban la nueva aristocracia camuflada de burócratas o “señores del progreso”. Como hemos podido comprobar, las rebeliones son el fruto de la siembra que cosecha el sinnúmero de desigualdades que, tarde o temprano, explota con disposición para recuperar el sentido de su libertad. El choque violento de las culturas encontradas en la Conquista intervino, paradójicamente, en la perplejidad del mexicano sobre sí mismo.

El porvenir de la nación mexicana se encuentra ineluctablemente estrechado a nuestro pasado, pero ese pasado lo cargamos a costas como una cadena que nos imposibilita progresar. Conocer la red de enseñanzas que proporciona nuestra historia nos enseñará entonces a poder adaptar nuestras cualidades al curso evolutivo de la civilización y, de esa manera, no adoptar creencias o regímenes ajenos a nuestra



semblanza. La única posibilidad verdadera que tenemos para resolver los gravísimos problemas que nos agobian en la actualidad es, inequívocamente, entendernos como mexicanos, conocernos como hijos del Viejo y Nuevo Mundo.

Bibliografía

Benítez, Fernando. *De la Conquista a la Independencia*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2012.

De Humboldt, Alejandro. *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*. Ciudad de México: Porrúa, 2002.

De Sigüenza y Góngora, Carlos. *Seis obras*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1984.

Díaz del Castillo, Bernal. *La historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Ciudad de México: Austral, 2019.

Huerta, Teresa y Patricia Palacios. *Rebeliones indígenas de la época colonial*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1976.

León Portilla, Miguel. *Visión de los vencidos*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1987.

Paz, Octavio. *Obras completas: Generaciones y semblanzas, dominio mexicano y Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2014.

Teja Zabre, Alfonso. *Vida de Morelos*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1959.

Zavala, Silvio. *Los esclavos indios en Nueva España*. Ciudad de México: El Colegio Nacional, 1994.